

EL TALENTO DE LA DERECHA

SERIA interesante trazar la historia de una idea: la que tiene la izquierda de que representa la inteligencia. ¿De dónde ha salido? Probablemente, de la derecha. "Dejémosle —dijo, probablemente, algún día, el gran genio de la derecha— que se crean que los listos son ellos, que el talento es suyo, que tienen los mejores escritores, que sus poetas son los sutiles y sus pintores los más audaces; que sus políticos saben mejor que nadie definir el drama eterno de la sociedad, encontrar las leyes de la Historia, quemar sus cejas con la llama de las velas en las viejas bibliotecas, hacer callosos sus dedos por el uso de la pluma. Dejemos que en sus ilustres posaderas salgan forniculos y llagas de tanto estar sentado ante los libros. Mientras tanto, nosotros gobernaremos". Y apenas han cesado de gobernar. Y es que la gobernación y la política en general, probablemente, no son cuestión de inteligencia, sino de fuerza. Y todavía no hay pruebas de que la fuerza se alcance con la inteligencia. O, por lo menos, con esa inteligencia.

Y la derecha se dejó cubrir con un manto de imbecilidad. Buscó los poetas más cursis, buscando siempre las rimas y las frases del siglo anterior; acumuló ensayistas romos, aterrados por la posibilidad de cualquier idea nueva. Se rodeó de damas bobas, marqueses decadentes, ricachones de piedra. Creó colegios para sus hijos donde no se enseñara nada: dejó que la izquierda perdiera su tiempo en la busca de la cultura en Ateneos Libertarios, Casas del Pueblo y maestros abnegados. Pero que sus hijos no se contaminaran de cualquier forma del saber. Podría serles funesto. Sus frailecillos, sus monjitas, llevaron a cabo con entusiasmo esta tarea.

De ahí sacó sus políticos. Vedlos, hoy mismo: ved con que fruición se apartan del conocimiento para entregarse a impartir la ignorancia. Ved con que firmeza afirman botaratadas. Todo aquello de lo que se sabe ya que no tiene vigencia, que no concuerda con la vida, que es lo contrario de la intención humana, aparece en sus discursos, en sus carpetas, en sus despachos. Que nada que pueda ser cierto les traspase. Mientras tanto, gobiernan. Gobernaron siempre, gobiernan hoy, gobernarán mañana. En Washington o en Moscú, en París, en Madrid o en Lisboa. Porque cuando se gobierna, se es automáticamente de derechas, aunque se sea de izquierdas. Sobre todo, si se es de izquierdas. Cualquier poder es de derechas, cualquier poder es conservador. En cuanto alguien tiene la noción de la fuerza, se olvida rápidamente de la inteligencia. Que parece ser el recurso, el sucedáneo o la resignación de aquéllos que no tienen la fuerza.

Contaba Chesterton su conversión al catolicismo. Entró en una iglesia y oyó el sermón de un pobre párroco que era rematadamente bruto. Y tonto. Chesterton pensó que si la Iglesia católica llevaba dos mil años de existencia y gobierno con unos ministros tan burdos, es porque su fuerza —el decía su verdad: finalmente, son palabras sinónimas, y la verdad es siempre la que impone la fuerza— era superior. Quizá algunas de las conversiones a la derecha que hoy se están produciendo tan abundantemente en España tengan un origen parecido. Finalmente, habrá que reconocer que la derecha ha tenido el talento de dejar el talento para la izquierda, la inteligencia de dejar que la izquierda se crea en posesión de la inteligencia. A la derecha le basta con estar en posesión de esos canales de difusión del pensamiento a los que le da derecho la fuerza. Que les sirven, finalmente, para hacer esta gran demostración al pueblo: que la izquierda no es más que eso: inteligente. Por lo tanto, alejada de las tareas de gobierno. ■

POZUELO

va a ser triunfo de la alternativa de poder del PSOE el momento de esta polémica al surgir a la luz del día las dos concepciones que hoy libran escaramuzas en los organigramas del PSOE.

Es sumamente sintomático cómo los defensores del "socialismo democrático" observan con particular interés el desenlace de la crisis de UCD, a la vez que estrechan contactos con los socialdemócratas de UCD; mientras que los que defienden una concepción "marxista y democrática" siguen de cerca las vicisitudes y contradicciones del proceso de democratización y renovación del PCE, al mismo tiempo que intensifican sus relaciones discretas con jóvenes dirigentes de la dirección comunista, para entender cómo unos y otros expresan sus más íntimos deseos políticos de cara al mañana.

Aunque, de momento, todos parecen converger en el intento de lograr en las próximas elecciones legislativas la necesaria mayoría para gobernar solos, o establecer un gobierno de coalición bajo un condicionamiento socialista, o una nueva mayoría parlamentaria de "facto" con la minoría de izquierda —lo que permitiría aplazar el debate histórico que el PSOE tiene pendiente— es inevitable que el PSOE tendrá que pasar sin tardar mucho por un proceso de clarificación interna que determine qué tipo de partido socialista, entre los varios posibles, va a ser hegemónico en la dirección del PSOE.

Un congreso extraordinario

En este contexto cobra una dimensión y relieve especial el Congreso extraordinario que tiene que celebrar antes de fin de año. Para entonces, muy probablemente, la alternativa de poder socialista va a estar muy cerca del palacio de la Moncloa, lo que será la señal de disparo para el desarrollo abierto de esta polémica interna del Partido Socialista Obrero Español.

Es evidente que en esta circunstancia este Congreso, primero que los socialistas celebran en el nuevo sistema democrático, adquiere una importancia esencial su carácter democrático. Si las corrientes de una organización como el PSOE no son específicamente identificadas, si se gradúa la libertad de expresión y se coarta la representatividad democrática de los delegados, el resultado será un caótico debate en el que cualquier postura podrá imponerse de un modo soterrado aprovechando esquemas burocráticos. Aunque el PSOE padece del problema del "entrismo" trotskista no alcan-

za, sin embargo, la proporción y el nivel conveniente para que las necesarias medidas preventivas limiten las formas y contenido democrático de las reuniones de este Congreso. Porque, por otra parte, esta organización está enfrentada al reto de la práctica de la democracia interna, superando el hábito conspirativo necesario en la clandestinidad para desbordar a la vieja dirección de Rodolfo Uppis —el oportuno y justo "putch" del XII Congreso de 1972— e imponer un cambio en el rumbo político. Hoy cualquier nueva actitud política, máxime ante la nueva dualidad de opciones que se esboza, tiene que ir precedida y legitimada por una amplia discusión democrática.

De ser así, parece muy probable que el cálculo del bloque social de la derecha —transformar al PSOE en un partido que haga el juego al sistema— se revele erróneo —salvo que otras fuerzas de izquierda acentúen errores tácticos intensificando su ayuda a esta operación— y se vuelva contra los que ven en esta maniobra el no va más de la sabiduría política de una derecha inteligente. La España actual, aparte su distinta estructuración sociológica, no es la Europa de la guerra fría ni tampoco es Portugal, donde la inexistencia de un potente movimiento sindical y social ha facilitado el surgimiento de un socialismo "socialdemocrático" en un país sudeuropeo.

Por otro lado, tampoco hay que olvidar que el PSOE, a juzgar por sus declaraciones, comprende muy bien —por no mencionar razones de principio o de ética— que dicha operación les pondría en una situación difícil y desventajosa ante las masas populares y que, por orden que no por importancia, los sectores fundamentales del bloque socio-político de la derecha no van a facilitar la maniobra —ahí está la remodelación del artículo 9 del proyecto de Ley de Acción Sindical en las Empresas— para que los socialistas cambien esencialmente de política. En esas condiciones no está de más preguntarse: ¿hasta qué punto es posible en España un PSOE socialdemócrata?

Porque, además, no sobra la interrogante, dado que estamos en los prolegómenos de la más importante batalla política de la actual coyuntura como consecuencia de los primeros intentos del bloque social hegemónico para configurar con habilidad las orientaciones y directrices de lo que es sencillamente el primer partido político del país. Y lo que sería políticamente suicida es no entender que uno de los principales campos de batalla de la dialéctica de clases pasa en estos momentos a través del PSOE. ■